

El tránsito de fuego
(POEMA)

Primera edición: mayo, 2023

© Eunice Odio, 1957

© de los prólogos, epílogo y rasgos biográficos de Eunice Odio: sus autores

© Vaso Roto Ediciones, 2023

ESPAÑA

C/ Alcalá 85, 7º izda.

28009 Madrid

vasoroto@vasoroto.com

www.vasoroto.com

Grabado de cubierta: Víctor Ramírez

Este libro ha sido coeditado con la
Academia Norteamericana de la Lengua Española
(ANLE)

Queda rigurosamente prohibida, sin la
autorización de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas por las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento.

Impreso y gestionado por Bibliomanager

ISBN: 978-84-19693-23-5

BIC: DCF

Depósito Legal: M-7443-2023

Eunice Odio
El tránsito de fuego

(POEMA)



Vaso Roto / Ediciones





Prólogo

Luz de los amaneceres por venir

Durante largo tiempo la obra de Eunice Odio fue un secreto compartido por pocos, un venero de luz clamando por ascender hacia el justo reconocimiento merecido por aquellos poetas que construyen con la palabra puentes de belleza entre los múltiples planos de la realidad. De los críticos de su época, sólo el chileno Alberto Baeza Flores supo ver en *Zona en territorio del alba*, el segundo libro de Eunice, que prologó para la edición de *Brigadas Líricas de Argentina* (1953), la primicia de una voz monumental y señera. También el poeta y crítico venezolano Juan Liscano, amigo personal de Eunice e interlocutor suyo en luminosas cartas recogidas en *Eunice Odio. Antología: Rescate de un poeta* (1975), incluyó numerosos poemas de la autora en la revista *Zona franca*, creada y dirigida por él desde 1964 a 1984. Fue fundamental en este sentido la labor de rescate, análisis y revaluación de la obra odiana realizada por Rima de Vallbona, quien además promovió activamente la difusión y estudio de todas las vertientes genéricas de su original escritura, a través de obras memorables como *La obra en prosa de Eunice Odio* (1980), «La palabra ilimitada de Eunice Odio: *Los elementos terrestres*», prólogo de la segunda edición de este poemario de Eunice (1984); la coedición, con Jorge Chen Sham, de *La palabra innumerable. Eunice Odio ante la crítica* (2001), recopilación de ensayos críticos de relevantes especialistas, y *Eunice Odio. Antología poética anotada* (2018), que editó con quien esto escribe para la Editorial Costa Rica, entre otras valiosas contribuciones.

Eunice Odio escribió su obra consagratória, *El tránsito de fuego*, entre 1948 y 1955, arrebatada por la pasión de la escritura, como un nuevo Jacob en lucha contra el ángel. Obra magna, plural, poligenérica, donde la audacia de las imágenes visiona-

rias repristina símbolos y arquetipos fundacionales de la cultura universal, instala su eje semántico en la creación por la palabra, que es vía de conocimiento y lazo de religación entre los hombres, y entre éstos y el plano trascendente de la realidad. Gracias a una sutil inteligencia poética, Eunice Odio inviste la profundidad filosófica del pensamiento que subyace a esta obra con la sostenida fidelidad a los ritmos musicales del verso hispánico en sabias combinaciones polirrítmicas y con la estructura dramática que dinamiza su narrativa épica. Gozar de esta obra exige un lector comprometido y activo; tal vez por eso ha sido incomprendida; tal vez por eso, a pesar de ser una cumbre de la poesía en lengua española, sólo cuenta con dos ediciones completas: la inicial, de 1957, y la que integra las *Obras completas* editadas por Peggy von Mayer Chaves, la especialista que más ha ahondado en la riqueza de su composición y significado. Por ello, abrazamos con entusiasmo la iniciativa de Jeannette L. Clariond, quien, incorporándola a la cruzada a favor de la poesía universal que está llevando a cabo la editorial Vaso Roto, nos invitó a emprender la aventura de acompañarla para llevar a los lectores del mundo hispánico una nueva edición completa de la trascendental obra poética *El tránsito de fuego* de Eunice Odio.

La invitación de Jeannette encontró en la ANLE un terreno fértil, pues ya en el primer número (2012) de la *Revista de la ANLE (RANLE)*, feliz creación de Gerardo Piña-Rosales y Luis Alberto Ambroggio, que acepté dirigir, dedicamos la sección «El pasado presente» a la figura de Eunice Odio con un aporte de Tania Pleitez Vela –otra destacada especialista en su obra– y difundimos pasajes de *El tránsito de fuego*. Desde entonces hemos venido promoviendo regularmente el universo poético odiano para abonar el terreno de darla a conocer por sus aquilatados méritos, hoy reconocidos como una de las aportaciones más valiosas y originales de Hispanoamérica a la poesía universal, que ha tras-

cendido fronteras y suscitado auspiciosos ecos en todas las latitudes tanto de la hispanidad como en otras lenguas.

Defensora del valor de la palabra poética en la generación de nuevos paradigmas de pensamiento, Eunice Odio instala el margen poscolonial y la experiencia femenina en el centro del sistema literario, para dialogar en pie de igualdad con los grandes poetas de nuestra lengua. Autores de la talla de Alberto Baeza Flores, Alfredo Cardona Peña, Humberto Díaz Casanueva, Roberto Juarróz, Juan Liscano, Rodolfo E. Modern, Alfonso Orantes, Octavio Paz, Alfonso Reyes y William Carlos Williams, entre otros, no han vacilado en ubicar la figura de Eunice Odio junto a las de Milton, William Blake, Coleridge, Pablo Neruda o Ezra Pound, de quienes podría decirse, parafraseando a Borges, que más que poetas son literaturas. La poesía de Eunice ofrece a la mirada actual tales dimensiones de originalidad y belleza que vemos acrecentarse en nuestros días el interés por su obra en ámbitos literarios y académicos, manifestado en las traducciones a diversas lenguas y en la proliferación de estudios e investigaciones, tanto de *El tránsito de fuego* como de sus poemarios *Los elementos terrestres* (1948), *Zona en territorio del alba* (1953) y los poemas tempranos publicados en *Repertorio Americano* a partir de 1945. El interés por la escritura odiana se ha extendido a sus ensayos, narrativas y artículos periodísticos, los cuales revelan al estudioso la vastedad de sus saberes y la independencia de su pensamiento. La razón es simple: la singularidad de su escritura ha logrado superar los anclajes epocales y los contextos geográficos que alguna vez ignoraron su palabra viva, que afortunadamente ya no necesita esperar el juicio futuro para recibir una justa evaluación de sus quilates.

Para ilustrar mi interés por la obra que hoy ve la luz, evoco una anécdota lejana de mi conocimiento de Eunice Odio que ya compartí en otra ocasión con Peggy von Mayer. No me atrevería siquiera a decir que tuve amistad con ella pues mi relación fue efímera. Ella hacía trabajo *free-lance* de traducción para el Instituto

de Historia y Geografía de la OEA en la ciudad de México, el Instituto Indigenista Interamericano y otros. Cuando llegué en una misión de evaluación a inicio de los setenta, el entonces director de la oficina, Xavier Cortina y Cortina, me pidió que conversara con ella, pues se le había quejado varias veces de que en la OEA la relegaban y excluían debido a su condición femenina. Así que, como me correspondía en razón de las funciones que cumplía entonces, coordinamos una entrevista.

Llegó vestida con sobria elegancia; menuda, contaba unos cincuenta años, aunque aparentaba unos quince años menos. Era bella, con unos ojos claros y verdosos que en México –me decía Xavier Cortina– llamaban glaucos o color de tiempo. Fue dura en su planteo (pero no insolente) y recuerdo con precisión que al inicio me impresionó su altivez. Representando mi mejor papel como diplomático de guante blanco, le expliqué que, en la OEA, en Washington D. C., teníamos un departamento con casi cincuenta traductores e intérpretes de los cuatro idiomas oficiales, quienes hacían el trabajo. Por excepción, cuando había una Asamblea General o no podíamos atender encargos de traducciones que nos hacían desde algunos países, autorizábamos a nuestras oficinas para contratar traductores locales, lo que era más bien una excepción. Lo entendió y le prometí que pasaría su nombre a la directora en Washington para que la tuviera en cuenta, pues se interesó por trabajar directamente con nosotros y a distancia, en lugar de sólo con México. Nos despedimos en buenos términos.

A modo de colofón de nuestro encuentro, la contratamos varias veces, pues entonces tenía yo la responsabilidad de dirigir las revistas *La Educación* y la *Inter-American Review of Bibliography*. Más tarde, cuando en mis viajes debía recalar en la ciudad de México, nos reunimos algunas veces para cenar o tomar algo y conversar sobre asuntos de trabajo, pues ella ya estaba escribiendo de manera regular notas y reseñas de las exposiciones de

arte que se hacían en los salones de la OEA en México para publicarlas luego en la legendaria revista *Américas* de la OEA. No recuerdo que hubiéramos conversado sobre literatura, pero sí, asiduamente, sobre artes plásticas. Sí tengo presente, por su escasa presencia en encuentros sociales, algunos temas recurrentes de nuestras conversaciones. Uno de ellos era la luz, no sólo en las artes visuales, sino en los más variados entornos; y ella solía recordar con nitidez que, cuando vivió casi tres años en Nueva York, le producía gran impacto ver desde su ventana las madrugadas en el río Hudson, esa luz de los amaneceres que le anticipaban los días por venir y que inmortalizó en algunos de sus poemas, como «En la vida y en la muerte de Rosamel del Valle» y en algunas cartas que incluye Peggy von Mayer en el tomo III de las *Obras completas*:

Bien, hablemos del Hudson. Ay, Juan, ve a ver a ese hermoso, poderoso y dulce río del mundo. Río que repartimos entre nosotros, y aún sobró aquella parte de su aliento, que era para sus actos solares [...] ¡Qué belleza tan grande! Vas solo a las orillas del Inmenso y Profundo y, bajando los ojos, ves el cielo que pasa rápidamente, tan rápido como él, ciñéndose a su paso acompasado. Y el Inmenso Profundo se pone del color del día que refleja la atmósfera terrestre. ¡Qué belleza tan grande! (442)

Otros temas que frecuentábamos en nuestras charlas versaban sobre el universo de la mitología griega, las obras de René Guénon y su pensamiento metafísico, las doctrinas orientales, la tradición primordial, la iniciación, las sociedades iniciáticas y los símbolos fundamentales de las ciencias sagradas.

Alrededor de 1972 perdí contacto con ella, pues debí asumir otras responsabilidades, y fue más tarde cuando, por razones fortuitas, me enteré de su obra poética por medio de Juan Liscano,

quien le publicaba regularmente sus poemas en la revista *Zona Franca* de Venezuela, así como por mi buen amigo el pintor Paco Amighetti, que había trabajado con ella en la revista cultural costarricense *Repertorio Americano*, y ambos admiraban sin restricciones su producción poética. Sin embargo, recién en 1975 conocí la obra *Eunice Odio. Antología. Rescate de un gran poeta*, que me envió Liscano a Washington D.C., un libro indispensable para conocer el universo euniciano, que reúne una selección de su poesía precedida por un amplio prólogo ilustrativo de la vida y obra de la gran poeta costarricense.

En el capítulo inicial, «Eunice hacia la mañana», evocando la noticia de su muerte dice:

En la América Latina aún se produce el fenómeno de un poeta excepcional que muere en la miseria, sin tribuna, sin lectores y sin editor, al que desconocen por igual el público, sus compatriotas, sus colegas y la crítica, pese a que su persona haya tenido parte activa en la vida literaria y que su personalidad extrovertida, fascinante, desbordara en el campo afectivo de mucha gente. Es el caso de Eunice Odio, fallecida en la ciudad de México, «la mejor poeta americana de este siglo» según se atrevió a asegurar, después de su dramático fallecimiento, el escritor Carlos Zener. (Liscano, 29)

El deslumbrante libro de Liscano, la transcripción de una selección de su correspondencia con Eunice Odio y una muy perceptiva selección antológica fueron el acicate para tratar de conseguir una copia de *El tránsito de fuego*. Con amargura comprendí la vanidad de mis esfuerzos cuando vine a enterarme de que, luego de haberse publicado en 1957 por el Ministerio de Cultura de El Salvador, la obra nunca se había reimpresso.

Debo a Rima Gretchen de Vallbona el haber podido ahondar, recién en 2010, en toda la obra de Eunice Odio. Sorprendente-

mente, como providencial respuesta a mi deseo, pude conseguir un ejemplar de *El tránsito* por Internet, impecable y sin que los pliegos de sus páginas hubiesen sido abiertos. Así, guiado casi de la mano por Vallbona, pude internarme en la espesura de ese singular universo poético... Hoy, con una mirada distanciada por los años, comprendo que, si bien ya había tenido oportunidad de leer la casi totalidad de la poesía de Eunice, el navegar por la singladura de *El tránsito* fue una experiencia única en mi vida académica. Sin duda alguna, entre los múltiples méritos de la obra crítica, narrativa y poética de Rima, no vacilo en reconocer que sus estudios, trabajos, investigaciones y rescates de Eunice Odio han resultado decisivos para contribuir a difundir y universalizar el inmortal universo poético de esta autora, tarea emprendida por una larga lista de escritores, críticos e investigadores, que crece día a día, dentro y fuera de nuestra región.

La obra que el lector tiene en sus manos, para muchos la creación más trascendente de Eunice Odio, combina la deslumbrante belleza de la forma con una densidad simbólica aquilatada por su vasto intertexto. Como Roland Barthes dice acerca del texto de goce, esta obra obliga al lector a levantar la cabeza con frecuencia, como quien está a punto de desentrañar algo que siempre está más allá. A fin de acompañar al lector en la aventura que propone *El tránsito*, hemos incluido en esta edición dos aportaciones que pueden resultarle de utilidad. La primera es de Peggy von Mayer, quien, a modo de pórtico, brinda un panorama sobre la figura de nuestra poeta, que abrazó la poesía como un «destino implacable», misión de amor hacia la humanidad con la que necesita compartir la revelación de la sacralidad del universo. Von Mayer, sin negar la interacción de múltiples contextos no necesariamente cristianos en el texto, lo lee a la luz del Himno al Logos, o prólogo del Evangelio de San Juan, que constituye, en esta lectura, el eje semántico del poema. Apoyándose en esta idea-fuerza,

von Mayer brinda un análisis de la estructura de *El tránsito*, deteniéndose especialmente en la creación del templo, su momento nuclear.

En segundo término y a modo de colofón, el lector encontrará una sustancial mirada en el trabajo de Graciela S. Tomassini, quien propone que la naturaleza simbólica de *El tránsito*, abierta a plurales dimensiones de sentido, ofrece múltiples posibilidades de construcción temática, entre las cuales sugiere tres: como relato mítico de fundación del mundo humano a través de la palabra, que es transformación de la inasible lengua divina en lenguaje provisto de sentido; como relato soteriológico, donde una figura crística (Ion) se sacrifica sin ser reconocido por los suyos; y como epítome del poeta en calidad de mediador entre lo singular contingente y lo trascendente.

Más allá de estas aproximaciones, el texto invita al lector a recorrerlo en desnudez de todo prejuicio y en silencio, como en esa noche órfica que es, desde el fondo de los tiempos, anunciación de la alborada.

CARLOS E. PALDAO

Director Academia Norteamericana de la Lengua Española

INTEGRACIÓN DE LOS PADRES

Es verdad: Mas ¿de qué modo
es verdad?

Prólogo del tiempo que no está en sí

V

Los ríos conjugándose, ordenándose en sílabas de agua,
trasoían su límite de peces y de fuego.

VI

Apenas se escribían los frutos y los niños,
con el palote antiguo que reunía los verbos
antes en libertad, acéfalos, sin vías
en la ruta de una mañana eterna.

VII

La noche se soñaba su figura de mayo.
¿Cómo sería su verde partiendo de las hojas?
¿Cómo sería su verde ya cercano
a tan claro designio de laureles
y razonado en pétalo profundo?

Quería una palabra para escuchar su color en la noche.

VIII

Los ángeles buscaban un cuerpo para el llanto,
con el sexo menor posado en una lámpara,
y su peinado, apenas pronombre de las olas.

IX

Las islas navegaban rumbo un pueblo de cobre,
madurando en peceras su sol de porcelana,
mas noche y día las encontró la arena,
con el oído al pie de la colmena,
y con sus musgos dando su lámpara ordenada

X

Más allá de su arrullo, a un año de sus vísceras amadas,
el arpa desataba su sonrisa, sus tálamos nacientes.
Era ya necesario organizarle la cuerda
y la estatura que crecían a la altura del álamo;
pronto entraría

en sus obligaciones de armonía.

XI

Allá en su edad,
-seca, sin fin memoria de la nieve-
el frío creaba su niñez.
Nadie sabía si era un quelonio mortal,
o el corazón sin fecha de un anillo perenne.

Todos lo amaban y lo confundían
con su asonancia de oro sembrado en el desierto.

Ya lo anunciaba la ciudad llena de cosas jóvenes.
Un día vendría el relámpago a soplarle los hombros,
un huracán liviano lo llevaría consigo;

desde entonces el frío resonaría
con los que lo olvidaron hace siglos,
hace nueve sollozos de abejas insepultas.

XII

El océano sólo era una larga presencia de caballo
alrededor del mundo,

y el caballo era, apenas, un labio descifrado
y perdido de súbito,

sal,
víspera del agua,
ingrácida y solemne.

XIII

Los cristales designaban unánimes costumbres y gestiones:
el humilde epídoto trepaba por el cuarzo
con gecónida pata;

y el cristal de roca en su perímetro oscilante,
rehuía los contactos con el hierro,
y al pasar por coléricos destellos,

se afirmaba sin mancha.

XIV

Corderillos adentro, mariposas adentro,
dándole honor al polvo,
colmándolo de azules convenciones y seres imprevistos,
se fundaba la gracia carnal de las ciudades.

XV

La abeja resumía en su seno de virgen prematura,
la abreviada dulzura de un padre inagotable.

XVI

Era la paz primera que nadie repetía.

Andaba ya un gran hueso buscándose al oído,
de la mañana al bronce, de la noche a los ciervos.

XVII

Era en la infancia de Dios,
cuando hablaba con una sola sílaba,

y seguía
creciendo en secreto.

Integración del elemento paterno

I

Y se dice que el objeto terrestre,
fundado en un suceso de palabra total,
vertebralmente se mueve resbalando sin fin,
fluyendo en cantidades de sombra hacia la luz,

hasta que una palabra del tamaño del aire lo detiene.

II

Y acampa un poco de tierra. No es que acampe,
es que establece su vértice pomposo,
integérrimo;

viene de un movimiento
que se tornó en secreta caída tutelar.

Su espacio se repliega,
en su labrado sueño persevera,
avanza por su ojo coronándose,
y claramente posa su borde natural,
para sellar la enunciación del trigo.

(Después no se ha sabido
cómo ascendió a la lengua en figura de trigo,
cuando pudo ser ala y vivir dulcemente.)

III

Pero entre tanto,
y mientras el azúcar se alza con sus cuatro costados preferidos,
un anticipo de aire, un soplo de oro insipiente,
le abre el color desde la nieve al trino.

De masa en masa,
hálito combativo la acompaña por todo su dominio,
de una especie a otra,

de una especie, al origen translúcido de su orden,
de la flor a su causa intransferible, según la cual,
la rosa,

sólo cabe en su diandro sonido,
en cuyo alto transcurso un pétalo se anuncia
con voluntad de seda vigilante,

callada y contenida de cerca por el polvo,
ornada y bien parida de lejos por el aire.

¡Oh causa intransferible de la rosa!
Según la cual, la rosa, sólo cabe en la rosa que la ciñe,
más que aquella otra que encerraba
la que nadie sabía quién era;

hasta que al fin, de día en día repetida,
secretamente hallada por el labio,
de pronto adivinada en la memoria,

llegó a ser Una,
impredecible,

rosa,

por quien todos preguntan teniéndola de espaldas
y saben que es la rosa, su criatura,
en cuya piel, por cándido ejercicio,
una abeja cambió su pecho nuevo
por un pecho de ángel.

IV

Acampa un poco de tierra dura, terrestre, elemental,
donde la piedra joven transparece,
y anuda humildemente la pasión que tendrá,
cuando un ojo y un labio la detengan
en la dulce palabra de su nombre,

y diga Ion al hombre que lo oía:
Es la piedra de todos,
piedra del que la nombre
en el nombre del cuerpo sagrado que le nombro;

piedra mía,

nuestra piedra,

cuya espuma lustral, aquí en mi lengua,
se oye caer, pequeña y poseída.

V

Mas no avanza la tierra,
(qué pálido desorden
para decir el orden pretérito del trueno),
es que se expresa en expansión de árbol,

asciende a tierna curva,
sin mirarla, se alegra de su forma.

Cabe ya en varias ramas;
gobiernan su criatura serenas longitudes,
en clave de jacinto edificadas.

VI

Viniendo de su origen
se ha desatado un resplandor incógnito;

tras de su movimiento le ha nacido

un movimiento

inmortal;

—gracia plena bajando por el oro inmanente
y de la umbría alzándolo con húmeda potencia,
para hilarlo en presencia de todos los metales—.

Un movimiento, uno,
subiendo por sus vías hacia el mármol
desnudo y obediente;

un giro más,

rotundo y dividido,
y la inicial de ciervo fragoroso,
aquella, apenas sombra, si florida,
apuntó en hierba y corrigió en balido
la cervical heredad,

áspera y rauda víspera primera,
de astado aceite y vegetal bifronte.

VII

Así, de un poro a otro,
de un arco a otro arco,
se reviste de especies solitarias.